

SABIDURÍA POPULAR Y FILOSOFÍA ANAYANA DE LA VIDA EN *BENDÍCEME, ÚLTIMA*

Georges Moukouti Onguédou
Universidad de Maroua

INTRODUCCIÓN

A los 82 años, el anciano es una biblioteca. Cuando el primero se muere, es como si ardiera la segunda. Esta idea que acuñó el etnólogo y escritor maliense Amadou Hampâte Bâ en el Consejo Ejecutivo de la Unesco en 1962 —idea que suena hoy a paremia— es una metáfora del anciano convertido en biblioteca en el sentido de “pozo cultural”. En el pensamiento del maliense se percibe la muerte del anciano africano como el incendio de ese pozo cultural inexplorado, pues el anciano africano más está en el inmovilismo de la tradición cultural o de los saberes ancestrales canonizados (Murad Machado 10) e imbuido de memoria oral; la cual es susceptible de desvanecerse con la muerte del anciano aunque éste tenga discípulos. En cambio, el anciano Anaya encarna tanto la memoria oral como la escrita. Por lo tanto, gracias a la última, la biblioteca que representa no puede ni debe arder.

Bendíceme, Última, novela llevada al cine en 2013, vehicula y perpetúa las historias, las virtudes y los ritos del pueblo nuevomexicano. La obra invita a explorar la trayectoria vital del chicano Antonio Márez, de la inocente adolescencia a la madurez espiritual. Las historias aquí noveladas están empapadas de sabiduría popular nuevomexicana y de filosofía autoral de la vida. Rudolfo Anaya parece haberse empapado del espíritu de la gente y la tierra de su pueblo. Por eso, plasma con cierta obsesión y habilidad el folklore del sudoeste estadounidense de donde es oriundo. En este artículo, distinguimos dos preocupaciones que hayan imbuido la acción y el

espíritu de este escritor nuevomexicano en su primera novela: 1) la plasmación de la sabiduría popular (folklore) y 2) la caracterización de su filosofía de la vida. Para ello, resaltamos por una parte las travesías culturales manifestadas por las historias sobre sus raíces ancestrales; por otra parte, la fuerza espiritual y existencialista encarnada por el protagonista-narrador de *Bendíceme, Última* (1994), traducción al español de *Bless Me, Ultima* (1972). Para llevar a cabo nuestras reflexiones, convocamos a la vez los postulados teóricos de la Semiótica de la Cultura, sustituto de la Antropología cultural (Eco, *La estructura ausente. Introducción a la semiótica*), y los fundamentos del Existencialismo.

1. DE LA SABIDURÍA POPULAR (FOLKLORE): ENTRE RAÍCES ANCESTRALES Y TRAVESÍAS CULTURALES

La cultura significa y comunica algo (Eco, *Tratado de semiótica general*). Para este teórico y crítico italiano, “la cultura por entero debe estudiarse como fenómeno semiótico; b) todos los aspectos de la cultura pueden estudiarse como contenidos de una actividad semiótica y c) la cultura es solo comunicación y la cultura no es otra cosa que un sistema de significaciones estructuradas” (Eco, *Tratado de semiótica general* 44). En consecuencia, la semiótica se convierte en una teoría general de la cultura y a la vez en un sustituto de la Antropología cultural cuyo objeto de estudio es precisamente el hombre mediante su cultura para así aproximarse a su modo de ser, hacer, pensar, etc. Dicha cultura puede analizarse recurriendo al folklore que se desprende del corpus.

El folklore es un constituyente de la idiosincrasia de un pueblo. Es lo que caracteriza mejor a una sociedad. Esta palabra acuñada por el inglés William John Thoms desde 1846 representa la sabiduría (“lore”) de un pueblo (“folk”), es decir, un conjunto de “usos, costumbres, prácticas, supersticiones, coplas y proverbios antiguos” (Corso 153). Integran más concretamente el folklore las costumbres, los mitos, las leyendas, las tradiciones culturales, las supersticiones, las creencias, las magias, las normas y los valores que rigen el comportamiento de un pueblo. Con estos elementos constituyentes, el folklore se posiciona como sabiduría popular, coincidiendo con la concepción antropológica de la cultura. Sobre el pueblo nuevomexicano de *Bendíceme, Última*, nos interesan

particularmente los mitos y leyendas del Hombre Volador, de La Llorona, de la Carpa Dorada y de La Virgen de Guadalupe y la figura popular de la Curandera.

Efectivamente, Anaya (re)crea la leyenda del Hombre Volador que más tarde novela en *The Man Who Could Fly and Other Stories* (2006). Es un personaje popular cuyas hazañas atemorizan a quienes están enterados de sus poderes mágicos en contra de los pecaminosos. Es el guía espiritual de Última. El Hombre Volador, al transmitirle unos poderes mágicos a La Anciana, le ofreció el búho o la lechuza, ave nocturna capaz de ver en la oscuridad y que en adelante será su alma y la centinela de la misma y de la familia Márez, resguardándolos de los malhechores como Tenorio Trementina y sus tres hijas (las Trementinas). De hecho, este búho, encarnación del espíritu del Hombre Volador, se encarga de cegar a Tenorio quien, culpando a Última de la muerte de sus dos hijas, busca vengarse de ella. Al dejar tuerto a Tenorio, el espíritu del Hombre Volador ayuda a que nadie o nada interfiera en las buenas acciones de Última. Del mismo modo, tampoco deberá interferir Última en el destino ajeno a causa de sus poderes. Precisemos que la manifestación del Hombre Volador a través del búho encamina al lector hacia la simbología de este animal nocturno entre los indios y algunos pueblos africanos. En realidad, aunque este animal infunde miedo por ser dueño de la oscuridad o de las tinieblas, es también un ave que ampara, acecha y comunica misteriosamente.

En la misma óptica (re)creativa de la mitología, encontramos la leyenda de la Llorona, mujer-fantasma que vagabundea por los ríos llorando la muerte de sus hijos. Esta leyenda posteriormente la recoge Anaya en sus obras *The Legend of La Llorona* (1984) y *Maya's Children: The Story of La Llorona* (1996b). Según la versión más popularizada, María, mujer muy bella, habría contraído matrimonio con un hombre acomodado, un ranchero con quien hubiera tenido dos hijos. Engañada amorosamente por su esposo, María se habría vengado de este último ahogando a sus dos hijos. El efecto del arrepentimiento la llevaría a llorar toda su vida, recorriendo las orillas de los ríos y mares en busca de sus hijos. En el imaginario popular viene representada vestida de blanco y llorando. La figura de La Llorona suele asimilarse/confundirse con la de La Malinche, amante e intérprete del conquistador Hernán Cortés:

entre nuestras más memorables leyendas de fantasmas, transmitidas de generación en generación, está la de La Llorona, la mujer que, de acuerdo con algunos folcloristas, es el fantasma de la amante e intérprete de Hernán Cortés disfrazada. La Malinche, dice una leyenda, estaba encinta, esperando un hijo del conquistador. Al ser reemplazada por una aristócrata esposa española, decidió vengar su honor acechándolo para matarlo. (Stavans 155)

Estas dos leyendas vinculadas se viven tanto en zonas rurales como en las urbanas. Reflejan un sincretismo cultural, una mezcla de lo indígena con lo español (González Hernández). Las dos figuras son partes del pasado indígena y configuran, de modo secular, la idiosincrasia de los chicanos, los mesoamericanos y unos suramericanos. En cualquier caso, separadas o superpuestas, las figuras de La Llorona y La Malinche son arquetipos culturales mesoamericanos y del sudoeste estadounidense.

En *Bendíceme, Última*, el autor recobra esta figura de La Llorona, sobre todo cuando el Mal y el peligro están acechando al pueblo. Sus gritos se oyen, junto con los de la lechuza y los coyotes. Es descrita en la obra como una diosa solitaria cuyos gritos atormentados llenan el valle. Su “enroscado aullido hacía que se helara la sangre de los hombres [...] la vieja bruja que llora por las riberas del río en busca de la sangre de los muchachos y de los hombres para bebérsela” (Anaya, *Bendíceme, Última* 28). Es evidente que sus gritos asustan sobre todo a los niños. Éstos, como Antonio Márez, suelen soñar con esos gritos que para ellos son un peligro, pues como leyenda, la figura de La Llorona conlleva misterios.

En sus novelas detectivescas, Anaya vuelve a utilizar esta figura, creando así un ambiente de miedo y de misterio en torno a la investigación del detective Sonny Baca. En un bosque, cerca del río donde se esconde el maléfico Raven, Sonny oye en la oscuridad gritos no solamente de La Llorona (o The Crying Woman), sino también de los coyotes:

this was the song of the river: the cry of La Llorona withdrawing, frightened by the violence of the killing, [...] In the dark there were other sounds. River coyotes began to yip yap and call to each other, and they came cautiously down the trail to gather around Sonny. Also, deep in the bosque the sound of a crackling fire could be heard, Raven's circle. (Anaya, *Jemez Spring* 260)

En este caso, la figura de La Llorona se presenta como un personaje que vela por la seguridad de la gente del pueblo. Muy a menudo aparece durante las noches cerradas, suscitando vulnerabilidad entre los aldeanos.

Otra leyenda es la de la Carpa Dorada, the Golden Carp. Ya aparece en el *Popol Vuh: Antiguas historias de los indios quichés de Guatemala* (1975), libro sagrado del indígena mesoamericano. Evidencia el castigo de los hombres y su conversión en carpas después de desobedecer a su Creador:

Anaya creó esta historia, que se inspira en la mitología cristiana, y en la de las tribus Azteca y Pueblo. El joven Antonio oye hablar de la carpa por primera vez de boca de sus amigos Samuel y Cico. De manera similar a la historia de Noé y el diluvio del Antiguo Testamento, esta historia advierte que, a menos que la gente deje de pecar, la carpa provocará una inundación para purgar su mal. Antonio cree en la historia, pero no puede reconciliarla con su catolicismo. Después de oírla por primera vez, dice que ‘las raíces de todo lo que siempre había creído parecían tambalearse’. Luego, cuando ve la carpa, queda maravillado por su belleza y se pregunta si una nueva religión podría incorporar la carpa dorada y el catolicismo. (National Endowment for the Arts 4)

De lo que precede, entendemos que en la obra de Anaya, la leyenda de la Carpa Dorada conecta sincréticamente el Animismo con el Cristianismo. Puede servir de religión a un personaje como Florencio, refractario a las enseñanzas del Cristianismo. En efecto, “Florencio necesitaba por lo menos un dios, y yo tenía la seguridad de que él sí creería en la carpa dorada [...]: por fin un dios que no castiga, un dios que puede traer belleza a mi vida” (Anaya, *Bendíceme, Última* 273). Como se lee de las explicaciones de la National Endowment for the Arts, los jóvenes Samuel y Cico son quienes le enseñan a Antonio la religión de la Carpa Dorada. Partiendo de esta exploración, Antonio Márez se entera también de la existencia de otra fuerza mitológica acuática. Se trata de la “mermaid o mer-woman”, hada o ninfa marina con busto de mujer y cuerpo de ave o pez, ser fantástico con forma de mujer y poderes mágicos.

Con las dos acuáticas, el protagonista narrador y sus amigos saben ahora de otros dioses en quienes pueden creer. El protagonista

sabe que si el chicano desobedece por ejemplo a la Carpa Dorada –uno de los dioses que compadeció de los pecaminosos– el mar se encarga de castigarlo. Al respecto, confiesa: “me daba miedo la horrible presencia del río, que es el alma de éste, pero Última me hizo comprender que mi alma comparte todo con el alma de todas las cosas” (Anaya, *Bendíceme, Última* 16).

Hablando de La Virgen de Guadalupe, alcanzamos una figura que atraviesa toda la trama del corpus. Al lado de las figuras de La Llorona y de la Malinche, la figura de La Virgen de Guadalupe es uno de los símbolos culturales más auténticos y presentes en los textos chicanos y mexicanos; el que además hermana a la comunidad latinoamericana; “La Virgen de Guadalupe, [...], es una de las figuras trascendentales que da cohesión y hermana a toda la comunidad, al tiempo que la une con sus orígenes, como corroboran sus títulos de Reina de México y Patrona Celestial de toda la América Latina (este último concedido por el Papa Pío XII en 1945)” (León Jiménez 21). Pero el carácter trascendental de La Virgen de Guadalupe no solamente reside en la cohesión y el hermanamiento de la comunidad (de origen mexicano en particular y latinoamericano en general), sino también en la fusión de dos religiones: la indígena y la católica. En nuestras reflexiones fijamos esta figura como una de las divinidades aztecas, diosa de la tierra y de la maternidad. La figura de la Virgen de Guadalupe tiene una raíz india. Tanto en la obra de Anaya como en otras obras chicanas, esta figura se presenta como una mezcla de rasgos indígenas y cristianos; de ahí el sincretismo religioso y cultural que encontramos entre los pueblos hispanoamericanos.

En la novela, La Virgen de Guadalupe es adorada como diosa por Antonio Márez, María Luna (su madre) y más gente del pueblo Luna:

Todos sabíamos la historia de cómo la Virgen se apareció a un indito en México y de los milagros que había hecho. Mi madre contaba que la Virgen era patrona de nuestra tierra y aunque había muchos otros santos buenos, a ninguno quise tanto como a la Virgen. Era muy duro rezar el rosario porque debía uno hincarse mientras se decían todas las oraciones, pero no me importaba porque cuando mi madre oraba yo podía mirar fijamente a la Virgen hasta creer que era una persona real, la madre de Dios, el último refugio de todos los pecadores. (Anaya, *Bendíceme, Última* 50)

Esta historia es similar a la que Antonio nos presenta otra vez en el capítulo dieciséis de esta novela:

Mi madre me contó la historia de un muchacho mexicano, Diego, que había visto a la Virgen de Guadalupe en México. Ella se le apareció y le habló; le había dado una señal. Hizo que crecieran rosas en una loma desierta y rocosa, una loma muy similar a la nuestra. Así que yo también soñaba con conocer a la Virgen. Esperaba verla cada vez que daba la vuelta a una esquina. (Anaya, *Bendíceme, Última* 212)

De este otro relato del protagonista narrador podemos deducir que la figura de La Virgen de Guadalupe tiene un origen mexicano. En efecto, Doce años después de que los exploradores españoles desembocaran en tierras mexicanas, se produjo el milagro de la Virgen de Guadalupe. En 1531, la madre de Jesús de piel morena le apareció varias veces a un indio campesino llamado Juan Diego, un converso católico. Pidió que le construyeran una iglesia en el lugar. Juan Diego le contó a un Obispo lo que había ocurrido, y por supuesto no le creyó. Entonces apareció una colorida imagen de la Virgen en la capa de Diego para validar los hechos. Este milagro condujo a la conversión al catolicismo de unos nueve millones de indios mexicanos. El Vaticano reconoció este milagro en 1745 y la imagen de la Virgen ahora cuelga sobre el altar de la Basílica de Santa María de Guadalupe en la Ciudad de México. (National Endowment for the Arts 9)

Nos consta entonces que La Virgen de Guadalupe es la guardiana del pueblo de Guadalupe del que lleva el apellido. Es la Santa Patrona de México y la adoran como patrona de la tierra. Así que entre la Virgen y el pueblo, se habrá entablado una relación como la que existe entre la madre y su hijo. Eso ocurre precisamente en uno de los varios sueños de Antonio Márez. Entendemos entonces por qué las alusiones a este personaje mítico abundan no solamente en esta novela de Anaya, sino también en otras suyas y demás escritores chicanos y mexicanos en Estados Unidos. Con frecuentes alusiones a esta divinidad, pueden leerse expresiones como “Virgen de Guadalupe”, “Ave María”, “Ave María Purísima”, “Madre de Dios”, etc. Refleja en general la manifestación de la religión católica en la forma de ser de varias familias hispanas. La creencia en la Virgen suele yuxtaponerse en este caso a creencias animistas y panteístas.

Por último, encontramos la figura imperante del curandero en el imaginario popular de la sociedad chicana de la obra de Anaya. ¿Encaja o no como figura mítica? El curandero

es un elemento representativo de la cultura. En el contexto de la medicina tradicional, es una figura mítica y de relevancia, de respeto y de temor. En torno del curandero se construyen anécdotas, conjeturas, relatos extraordinarios, muchos de ellos son producto de la imaginación humana, pero sin duda, se le busca por su capacidad de explicar lo oculto, aquello que el ser humano común imagina sobre la existencia de fuerzas que escapan a su razón. (García Pereyra y Rangel Guzmán 5)

Práctica cultural y religiosa, el Curanderismo sustenta la vida del pueblo. El curandero o chamán, (re)creado por Anaya en *Shaman Winter* (1999), es un personaje siempre importante entre los hispanos. Es conocido diversamente como brujo, médium, mediador, practicante, charlatán, hechicero o, curador popular, huesero, partera o culebrero (González-Quevedo). Esta figura aparece como una alternativa frente a la medicina moderna. Es una forma tradicional de curar enfermedades, con hierbas y otros recursos psicológicos y religiosos. La encontramos en *Bendíceme, Última* con el personaje Última. Cuando Lucas (tío materno de Antonio) se enferma, Última es la última esperanza porque ni el médico, ni el sacerdote han podido curarlo. Después del diagnóstico, Última concluye que la enfermedad de Lucas se debe a un maleficio que le echaron los Trementina. Y ahora para curar esta grave enfermedad, recurre a su medicina tradicional:

Última preparó su primer remedio. Mezcló petróleo con agua y con cuidado lo calentó en la lámpara. Luego tomó muchas hierbas y raíces de su maletita negra y las puso en el agua caliente y aceitosa. Murmuraba al revolver la poción [...]. Cuando terminó enfrió el remedio, y entonces, con mi ayuda, levantó a mi tío obligándolo a beber la mezcla. Éste se quejó de dolor convulsionándose como si quisiera vomitar la medicina. Sin embargo, era alentador ver señales de vida, aunque costó mucho trabajo hacer que se le quedara dentro la medicina. (Anaya, *Bendíceme, Última* 110)

Gracias a esos poderes de la curandera, hay enfermedades como el maleficio que pueden curarse. Entonces, es cuestión de creer que existen poderes mágicos, místicos o sobrenaturales que pueden

perder o salvar a una persona. Además del maleficio, hay también estados anímicos que se pueden sanar con los poderes del curandero. Queremos hablar aquí del “mal ojo” y del “susto” (o la “presencia”) o “empacho” (West) que equivalen en la vida real a la depresión y la angustia. Estos estados del alma pueden aliviarse invocando a los santos y limpiando al mismo tiempo al paciente para que el alma atormentadora se salga de su cuerpo. El propio Antonio Márez experimenta el “susto” en forma de “presencia” cada vez que ve morir a alguien o cuando tiene un mal sueño. Rudolfo Anaya vuelve también a la figura del curandero en sus novelas detectivescas. En *Zia Summer* (1995) por ejemplo, el detective Sonny Baca está habitado por el “susto” y en este caso, por el espíritu de Gloria, su prima asesinada. Y para deshacerse de este espíritu, que además lo impide avanzar en su investigación, le aconsejan ver a Lorenza, la curandera porque “Lorenza would know what to do. She had gone to Mexico to study with brujos. She practiced a kind of indigenous shamanism, in the way of the good brujos, those called curanderas in the New Mexican villages. They had a way of healing, a way of knowing” (Anaya, *Zia Summer* 194).

Lorenza la curandera aconseja a Sonny Baca hacer la “limpieza” de su alma para deshacerse del espíritu de Gloria que está en él, ya que “A spirit has gotten into your soul. It has to be cleaned away” (Anaya, *Zia Summer* 179). Pero como Sonny aplaza el tratamiento que le recomiendan, sigue con este susto hasta cuando decide someterse a la terapia. Y en *Rio Grande Fall* (1996a), otro relato detectivesco de Anaya, Sonny Baca recibe otra vez el consejo de su novia Rita quien lo manda ver a Lorenza: “You have susto [...] Your soul has been inhabited by Gloria’s ghost. That’s what causes the fright. Go to Lorenza, she’s a curandera; she can help you rid of Gloria’s ghost” (Anaya, *Rio Grande Fall* 2). Durante el rito de sanación, Lorenza limpia a Sonny. Usa para ello hierbas, velas y todo lo que le permite conectarse con los santos y sus antepasados.

Como puede observarse, la figura del curandero (o espiritista), tema obsesivo que hallamos en la obra de Anaya permite viajar, mediante la superstición y la magia, al pasado precolombino.

En palabras esenciales, en esta primera novela, Anaya se inspira en su herencia cultural para entretener al lector. Recurre

obsesivamente a la mitología para revelar con poder mágico la esencia de su pueblo. Con las figuras de El Hombre Volador, La Carpa Dorada, La Llorona, La Virgen de Guadalupe y La Curandera, nos conecta con creencias animistas (todos los seres y objetos de la Naturaleza tienen almas o espíritus análogos a los del ser humano), panteístas (identidad sustancial de Dios y el mundo) y cristianas (enseñanzas cristianas, en este caso). Con la cultura popular, la obra de Anaya llega a explorar y cuestionar temas transcendentales y existencialistas del mundo chicano. Consideramos desde luego que “no se escribe una novela para explicar una cultura; la novela crea la suya propia” (National Endowment for the Arts 2). *Bendíceme, Última* (re)crea por tanto su propia cultura, la chicana llena de folklore con mediadores culturales y populares que son El Hombre Volador, La Carpa Dorada, La Llorona, La Virgen de Guadalupe y La Curandera.

2. FILOSOFÍA ANAYANA DE LA VIDA: COMBINATORIA DE LAS ESPIRITUALIDADES Y DEL EXISTENCIALISMO

Bendíceme, Última lleva un marcado acento autobiográfico (rasgos autobiográficos) sin por tanto ser una autobiografía en que un Yo fusiona las identidades del Autor, del Protagonista y del Narrador (Lejeune).¹ Entre los rasgos autobiográficos del corpus sobresale la similitud de la vida del protagonista narrador con la del propio autor. Durante la adolescencia, Anaya aprende de su abuela las historias sobre sus raíces ancestrales y sobre el Curanderismo, como también lo aprende Antonio Márez de *Última*, la Anciana, sustituta de la abuela del autor. Este nace, como el protagonista de la obra, en Las Pasturas, un pueblito de Nuevo México, procediendo de una familia católica, sin educación básica y donde el español era idioma casero. Ambos son hijos menores de vaqueros y granjeras. Empiezan a estudiar inglés en la escuela pública. La historia sobre el nacimiento del propio Rudolfo Anaya coincide con la de Antonio Márez. En realidad, “la curandera que presidió su nacimiento colocó herramientas de los dos oficios de la familia cerca del recién nacido, pero éste, sin embargo, intentó agarrar un papel y un lápiz” (National Endowment for the Arts 6). Hechas esas conexiones entre la vida del autor y la del protagonista de *Bendíceme, Última*, nos toca recalcar

los elementos que sustentan la filosofía anayana de la vida en esta obra. Observamos que la novela plasma una combinatoria de las espiritualidades y del Existencialismo.

Refiriendo a las espiritualidades, despuntan el Catolicismo, el Animismo y el Panteísmo como creencias y actitudes que caracterizan la vida espiritual del protagonista narrador y que parece promover el escritor nuevomexicano. Antonio Márez se educa en el molde católico. Su madre, María Luna, es muy devota, hasta parecerse a una sacerdotisa. Sigue la línea espiritual de la tradición hispánica que encarnan los Luna. Desea que Antonio también siga esta línea espiritual. Por eso reza por él, invocando a La Virgen de Guadalupe para que interceda por él: “Madre de Dios, haz que mi cuarto hijo sea sacerdote” (Anaya, *Bendíceme, Última* 51). Según piensa, “el sacerdote es un hombre que estima a su gente” (Anaya, *Bendíceme, Última* 164). Por eso, Antonio asiste a la catequesis para recibir enseñanzas doctrinarias cristianas que después le permiten recibir la Eucaristía. Esta educación cristiana debería preparar a Antonio para cierto comportamiento ético en la sociedad. Con el Catolicismo, va penetrando el misterio de la vida. Debe distinguir entre el Bien y el Mal, saber que Dios es bueno y bondadoso y recordar que el Bien termina triunfando sobre el Mal. Obviamente, porque la vida no es lineal, el protagonista vivirá más tarde distintas experiencias negativas que lo llevarán a cuestionar la Omnipresencia, la Omnipotencia y la Omnisciencia del Dios cristiano. De manera precisa, “no podía comprender por qué Narciso, que hacía el bien tratando de ayudar a Última, había perdido la vida, y Tenorio, que era malo y había segado una vida, andaba libre y sin castigo. No me parecía justo [...] Pensaba mucho en Dios y me preguntaba por qué permitía que esas cosas sucedieran” (Anaya, *Bendíceme, Última* 210).

Antonio quiere que venza el Bien sobre el Mal sobre la tierra, porque según las enseñanzas que recibe del Catolicismo, Dios castiga a los malos, a los pecaminosos. A partir del momento en que el Mal parece dominar sobre el Bien, el protagonista empieza a convocar, consciente o inconscientemente, unos de los principios existencialistas de la vida: lo absurda que es la condición humana, la propia existencia humana, la gestión de las emociones y de la libertad individual. Antonio busca comprender la vida, pero también debe superar la angustia existencial y el temor que experiencia. La

elección y la decisión son aquí términos que van a guiar su actitud ante la vida.

Guardiana y conservadora de las tradiciones culturales nuevomexicanas, Última encarna la combinatoria de las tres espiritualidades arriba mencionadas. Guiando espiritualmente a Antonio, llega a compendiar las enseñanzas del Dios cristiano con las de los dioses paganos para inculcarle la riqueza material y espiritual, la justicia humana y la cultura en la base de la sabiduría y del mérito.

Es precisamente Última quien llama la atención de Antonio sobre la predominancia del Bien sobre el Mal, puesto que “es porque el bien es siempre más fuerte que el mal. [...] El pedacito más pequeño de bien puede enfrentarse a todos los poderes del mal que hay en el mundo y saldrá triunfante” (Anaya, *Bendíceme, Última* 111). Los poderes mágicos de que se vale en su oficio de curandera sincretizan las creencias cristianas y paganas. Usando plantas e hierbas (el enebro, la hierba del manso, el orégano, el oshá, etc.) no deja de invocar al Dios cristiano para curar. El uso de la medicina tradicional y folclórica ayuda a Antonio a penetrar el mundo de la sabiduría cultural: aprende que el enebro puede curar dolores de cabeza, gripe, náuseas y picaduras de araña; que la hierba del manso puede sanar quemaduras, cólicos de los bebés y reumatismo; que el orégano, además de ser un buen condimento, puede aliviar la irritación de las gargantas, la bronquitis, la fiebre y la tos; que el oshá, además de sus virtudes curativas (lo cura todo, según el narrador), también sirve para alejar de las casas a las serpientes venenosas. Con todo, Antonio Márez tiene que establecer una relación con la Naturaleza o el medio ambiente (Federovisky 23).

Última, la Curandera, se vale cabalmente de los poderes de la Naturaleza para curar a Lucas, tío materno de Antonio, enfermado de gravedad. La familia Luna solicita los poderes mágicos de esta Anciana porque ni el cura de El Puerto (su pueblo), ni el gran médico de Las Vegas han podido sanarlo. Pero, antes de empezar el ritual, Última les aconseja a Lucas y a su familia creer en Dios, porque las plantas y las hierbas de las que se vale en su oficio encierran su voluntad. Así, Antonio aprende de Última que las plantas tienen alma; de ahí el Animismo, forma de creencia que hunde sus raíces en la América precolombina, con el curandero como figura prehispánica:

El curandero es un personaje que forma parte de la cultura en México. Su presencia data desde la época prehispánica. En la colonia fue una necesidad ante la ausencia de médicos. Pese al avance de la medicina tradicional, nuevos medicamentos y nuevas especialidades, el curandero siempre ocupará un lugar importante en la diversidad cultural. Su método sincrético en la combinación de elementos de la medicina tradicional y aspectos de la religión, adquiere relevante importancia entre la comunidad y un facto en la cohesión del grupo social. (García Pereyra y Rangel Guzmán 13)

Frente a las dudas que generan la medicina moderna y la iglesia católica, el protagonista narrador quiere saber cómo el poder de los médicos y el poder de la iglesia pudieron no haber curado a su tío. Ahora que todo depende de la magia de Última, “¿Sería posible que hubiera más facultades curativas en Última que en el sacerdote?” (Anaya, *Bendíceme, Última* 112). Última aparece en este caso como la encarnación del poder mágico heredado del Hombre Volador de Las Pasturas. Y los poderes de esta mediadora llevan a Antonio a divinizar finalmente a la Naturaleza y a creer en las fuerzas de la misma.

Correlativamente a los poderes medicinales que la Naturaleza puede proporcionar al hombre que la escucha y la respeta, Antonio Márez presta particular atención a otros elementos de la misma, es decir, los astros, el mar y la tierra donde vive. Estamos ante una combinación mística de fuerzas o energías que, como símbolos naturales, influyen en el hombre. El temperamento que más tarde definirá a Antonio Márez y Luna dependerá de la relación que establezca con el Sol, la Luna, el Agua y la Tierra.²

La identificación de Dios con la Naturaleza convoca también otra espiritualidad, el Panteísmo, creencia filosófica y religiosa. Aquí, la Naturaleza, el Universo o el Cosmos y Dios participan de la misma identidad sustancial. Gracias a las enseñanzas de Última, Antonio sabe en adelante que los humanos, las plantas, los animales, los astros y otros elementos y fuerzas de la Naturaleza entrañan la voluntad de Dios.

En esta combinación de las espiritualidades, resaltamos además la escuela porque en ella Antonio recibe también enseñanzas. Su origen humilde, la devoción de su madre y sus afinidades con Última

—que unos llaman la bruja— lo discriminan negativamente (burlas y palizas) entre sus compañeros. Cae en la tristeza, emoción que le hace probar la angustia existencial:

El dolor y la tristeza parecieron extenderse en mi alma, y sentí por primera vez lo que los adultos llaman 'la tristeza de la vida'. Deseaba huir, esconderme, correr para nunca regresar, no ver a nadie otra vez. Pero sabía que con esto, avergonzaría mi apellido, y el sueño de mi madre se derrumbaría. Tenía que crecer y ser un hombre, pero, ¡oh!, qué difícil era. (Anaya, *Bendíceme, Última* 67)

Con esta experiencia negativa, Antonio se siente frustrado. Pero el empeño que lo caracteriza lo lleva a hacer más esfuerzos para alcanzar su objetivo: “Y yo estaba ocupado en la escuela, guiado por el deseo de hacer mía la magia de las letras y de los números. Batallaba y tropezaba, pero con la ayuda de la señorita Maestas comencé a desenredar el misterio de ambos, en especial las letras” (Anaya, *Bendíceme, Última* 73). Esta actitud permite a Antonio superar las adversidades, a pesar de la angustia. Y esta angustia no debe suponer quietismo ni inacción. En la perspectiva existencialista, supone más bien elección entre varias posibilidades (por ejemplo, seguir o no seguir estudiando), compromiso en la posibilidad elegida (en este caso seguir con los estudios a pesar de todo) y responsabilidad en sus actos, pues, el hombre es lo que él se hace (Sartre).

El hombre desde la filosofía existencialista elige su moral y crea sus propios valores. Antonio debe contemplar su porvenir barajando su condición humana en relación con las circunstancias socio-histórico-culturales. Gabriel Márez, el filósofo anayano de *Bendíceme, Última*, le dice al respecto que “cada generación, cada hombre es parte de su pasado. No puede escapar de ello, pero puede reformar los viejos materiales, y con ellos hacer algo nuevo” (Anaya, *Bendíceme, Última* 283). De ese modo, Antonio será un hombre de libertad y ésta es el fundamento de todos los valores (Sartre) que quiere encarnar. Le corresponde al propio protagonista dar sentido a su vida.

Desde el Existencialismo humanista, las consecuencias de los actos de Antonio Márez no recaen solamente en él. Sabe que representa el orgullo de la familia y los familiares. En sus actos, no se

encamina a sí solo. Encamina también a los que lo rodean, al pueblo. Esto implica que Antonio sea responsable tanto de sí mismo como de los demás. Creando una imagen del hombre de su elección, se elige a sí mismo y, por ende, al hombre (Sartre).

En la óptica del optimismo, el hombre se construye por sus actos. Antonio puede llegar a ser lo que quiere ser. Todo depende de él porque la libertad es lo que debe guiar sus opciones, sus decisiones y sus acciones. A modo de confesión y consejo, su padre Gabriel Márez le deja constancia de unas palabras aleccionadoras y que suenan para nosotros como el eje del pensamiento filosófico existencialista anayano:

Yo dejé a mi madre, que Dios guarde en su seno, cuando tenía siete u ocho años. Mi padre me mandó a un campamento de ovejas en el llano. Me quedé todo un año, viendo por mí mismo, aprendiendo de los hombres que estaban en el campamento. ¡Ah!, éstos fueron días de libertad que no cambio por nada [...] me hicieron hombre. Después de eso, no dependí de mi madre para que me dijera lo que estaba bien y lo que estaba mal, decidía por mí mismo. (Anaya, *Bendíceme, Última* 283)

Estas palabras están encaminadas a estimular a Antonio hacia la elección de lo que quiere ser, en la medida en que está en derecho de romper el proyecto o los planes de sus padres. En este caso, no tendría la obligación de ser granjero, ni sacerdote, ni vaquero. Sin embargo, tomaría en cuenta lo que aprendió de su madre, de su padre y de Última, la Curandera:

De mi madre aprendí que el hombre es de la tierra, que sus pies de arcilla, son parte de la tierra que lo alimenta, y que esta mezcla inextricable es lo que le da al hombre su medida para estar a salvo y sentirse seguro. Porque el hombre que siembra la tierra cree en el milagro del nacimiento y brinda un hogar a su familia; construye una iglesia para conservar su fe y su alma, que está unida al cuerpo, su arcilla. Pero de mi padre y de Última aprendí que la inmortalidad está en la libertad del hombre, y que la libertad se alimenta mejor por la noble expansión de la tierra y del aire, y del cielo puro y blanco. No me gustaba pensar en un tiempo en que no pudiera caminar por el llano y sentirme como el águila que flota en los cielos [...] libre, inmortal, sin límites. (Anaya, *Bendíceme, Última* 262)

Al final de la obra, Antonio diseña su proyecto existencialista partiendo de sus experiencias inmediatas y de los valores culturales y morales por los que ha optado:

tomar el llano y el valle del río, la luna y el mar, Dios y la carpa dorada [...] y hacer algo [...] La comprensión llega con la vida [...], cuando un hombre va creciendo, ve la vida y la muerte, se siente contento o triste, trabaja, juega, conoce personas [...] a veces toma toda la vida para adquirir la comprensión, el entendimiento, porque al final la comprensión significa sencillamente sentir amor por la gente. (Anaya, *Bendíceme, Última* 283-285)

Resumiendo este apartado, recordemos que esta primera novela de Rudolfo Anaya combina un conjunto de creencias y actitudes que después deben guiar la vida del protagonista narrador. Los rasgos autobiográficos despuntados de la obra nos permiten aproximarnos al proyecto filosófico autoral en la obra. Nos referimos al Existencialismo cristiano, ya que en sus actos de conducta que en adelante deben ser gobernados por la libertad y el libre albedrío, Dios y los dioses también existen para él. Además, porque siente amor por la gente, los actos reflejan el ideario existencialista humanista.

CONCLUSIONES

Bendíceme, Última plasma tanto la sabiduría popular (folklore) nuevomexicana como la filosofía de la vida de su autor. Destacan de la obra, en términos de sabiduría popular, los mitos y leyendas del Hombre Volador, de La Llorona, de la Carpa Dorada, de La Virgen de Guadalupe y de la Curandera. El protagonista narrador se imbuje de ideas, afectos y pensamientos inherentes a estos dioses y héroes populares. La adquisición de la sabiduría popular sirve de cimiento que luego permite al adolescente chicano de la obra cuestionar las diferentes enseñanzas. Y del planteamiento empieza la filosofía, y desde luego el ansia de aprehender la realidad a partir de la experiencia inmediata de su propia existencia. La fuerza espiritual y el proyecto existencialista (cristiano) del protagonista narrador toman forzosamente en cuenta la combinatoria de experiencias espirituales cristiana y pagana y las de la escuela moderna. En su basamento cultural e intelectual están su madre, su padre, *Última* y la señorita

Maestas para aconsejarlo. Porque el hombre es libertad, el propio Antonio es quien debe elegir lo que quiera ser —no lo que otra gente quiere que sea— siempre que su elección integre al hombre.

REFERENCIAS

- Anaya, Rudolfo A. *The Legend of La Llorona*. Tonatiuh-Quinto Sol International, 1984.
- . *Bendíceme, Última*. Warner Books, 1994.
- . *Zia Summer*. Warner Books, 1995.
- . *Rio Grande Fall*. Warner Books, 1996a.
- . *Maya's Children: The Story of La Llorona*. Hyperion Books for Children, 1996b.
- . *Shaman Winter*. Warner Books, 1999.
- . *Jemez Spring*. University of New Mexico Press, 2005.
- . *The Man Who Could Fly and Other Stories*. University of Oklahoma Press, 2006.
- . Entrevista con Dan Stone para NEA Big Read. Escrita por Erika Koss del National Endowment for the Arts, 4 enero 2007.
- Corso, Raffaele. *El folklore*. Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1996.
- Eco, Umberto. *La estructura ausente. Introducción a la semiótica*. Lumen, 1999.
- . *Tratado de semiótica general*. Lumen, 2000.
- Federovisky, Sergio. *Historia del medio ambiente. La transformación de la naturaleza: de mundo ajeno y amenazante a espacio a conquistar. La génesis del movimiento ambientalista*. Capital intelectual S.A., 2011.
- García Pereyra, Rutilio y Efraín Rangel Guzmán. “Curanderismo y magia. Un análisis semiótico del proceso de sanación”. *CULCyT//Antropología*, no. 38/39, 2010, pp. 5-15.
- González-Quevedo, Óscar. *Los curanderos*. Sal Terrae, 1977.
- Lejeune, Philippe. *Le pacte autobiographique*. Seuil, 1996.
- León Jiménez, Raquel. *Identidad Multilingüe. El cambio de código como símbolo de la identidad en la literatura chicana*. Universidad de la Rioja, 2003.
- Murad Machado, Fernanda. *L'Univers fabuleux d'Amadou Hampâté Bâ. D'une relation singulière entre l'écrivain et son lecteur*. PUPS, 2014.
- Popol Vuh. *Antiguas historias de los indios quichés de Guatemala*. Versión de Albertina Saravia, editorial Porrúa, 1975.
- Sartre, Jean-Paul. *El existencialismo es un humanismo*. Folio, 2007.

Stavans, Ilan. *La condición hispánica: reflexiones sobre cultura e identidad en los Estados Unidos*. Fondo de Cultura Económica, 1999.

West, John O. *Mexican-American Folcklore*. August House, 1988.

NOTAS

- 1 En una autobiografía, existe un pacto (Lejeune) que consiste en un acuerdo implícito entre el escritor y el lector respecto del contenido de la obra. Se trata precisamente para el lector de pensar que lo relatado es indiscutiblemente la vida del autor; y que este último, el narrador y el protagonista representan la misma identidad. Se confunden el que escribe el libro (autor), el que relata la historia (narrador) y el que actúa (protagonista). Esto significa que las tres principales representaciones llevan el mismo nombre. Lo que induce forzosamente el uso de la primera persona: el Yo que escribe, relata y actúa.
- 2 Partiendo del ciclo de los astros, aprendemos que la Luna depende del Sol. Y es que este satélite de la Tierra recibe su luz del Sol. Este último da no solamente luz y calor a la Tierra, sino que también da ritmo a la vida en la Tierra (y el Agua). Por lo tanto, para un hombre apegado a la tierra como Antonio, hay que prestar especial atención al ciclo cósmico.